

simple observación de la vida familiar cotidiana.

Nos llega de Norteamérica, sin embargo, un libro (1) en el que se expresa la hipótesis contraria: la madre es el todo en la vida de una hija (la exclusión de la rela-

(1) Nancy Friedson: *Mi madre, yo misma: las relaciones madre-hija*. Ed. Argos Vergara. Barcelona, 1979.

ción madre-hijo de la obra se podría explicar tal vez por una postura feminista de la autora, tal vez por una falta de interés en establecer teoría general en cuanto a la ciencia psicológica se refiere, aspectos ambos que se traslucen inmediatamente de su lectura) y no sólo durante ese fundamental primer período de

la vida, sino a lo largo de toda ella, y muy especialmente en los años de la adolescencia, en los que, se afirma, puede llegar a cambiar tremendamente la personalidad previa.

Este libro es, sin duda alguna, egocéntrico, ya que sirve como una especie de análisis introspectivo de las relaciones de la au-

tora con su madre, que ella va descubriendo a medida que avanza en su redacción. Pero tiene muchos aspectos positivos. Primeramente, el trabajo lo inició con una clara intencionalidad de objetividad, recogiendo datos sobre las relaciones madre-hija mediante entrevistas personales realizadas con una muestra poblacional. Además de ello, se tiene la valentía de hacer afirmaciones en contra de algunos de los dogmas ya establecidos en el psicoanálisis, lo que puede mover a reflexión a quienes lo practican científicamente. Y por otra parte, la utilización continua de ejemplos sacados de la vida de sus entrevistadas y de la suya propia para avalar sus afirmaciones supone la posibilidad de que el libro pueda ser fácilmente comprendido por personas que no tienen una formación intelectual universitaria. Probablemente, esta sea su mayor acierto: el conseguir servir de ayuda para que las mujeres puedan comprenderse mejor a sí mismas y analizar aquellos momentos y sucesos de su vida que les han marcado para siempre. ■ MARISA RODRIGUEZ MOJON.

ADIOS A LAS LETRAS

Declaraciones de Günter Handke

Me llega un amigo alarmado y me dice que mi enemigo —siempre tiene uno un enemigo mayor que otro, de modo que sólo tiene un enemigo, y a éste hay que guardarlo como oro en paño, en secreto, como si fuera el único amigo de nuestra vida. En realidad, uno está rodeado de enemigos que nos hacen fructifera la existencia, que nos fabrican la saliva para seguir viviendo. ¿Qué hubiera sido de Unamuno sin Millán Astray? Uno aprecia su existencia desde el punto de vista del desprecio ajeno. Uno vive para que llegue el otoño, que es la época de las entrevistas—.

¿Por dónde iba? ¡Ah! Iba por el amigo alarmado —armado por Mallarmé, es decir malarmado, como a ambos nos gusta decir—, que me dice que mi enemigo —él lo controla: me defiende a capa y a espada, le dice sobre qué cosas su enemistad es más positiva, en qué ángulos se excede, en qué lugar cojea su desprecio por mí, o en qué sectores de su pensamiento no es doloroso que se halle de acuerdo con mi enunciado—.

De nuevo: ¿por dónde iba? ¡Ah, sí! Mi amigo alarmado sujeta con su mano su pomo porteril, me abre y me dice: "Tu enemigo que me dice que qué raro que te llames Federico".

¿Federico?, digo, le pregunto, le interrogo mientras caen del balcón frases de Pío Baroja, que me dice que me calle, que qué me he creído que es esto y que si sigo así bajaré con zapatillas, en zapatillas, de zapatillas, sobre zapatillas, a zapatillas y me abrirá la puerta para introducirme en el pozo en el que hundió a Hemingway.

Pero Pío Baroja es un miedoso y nunca bajará con tantas preposiciones, porque bastaba un pañuelo para herirlo en el corazón, levantarlo sobre nuestros cuerpos y hacerlo desaparecer de nuestra vida como un casero asustado.

¿Federico?, pregunté yo. "No, no, Silvestre", dijo mi enemigo, según me comunicó el lánguido poeta, que luego me contó la real historia que justifica la falta de interés que por mi rostro literario muestra su amigo y contertulio.

"Está enfadado". ¿Está enfadado?, le dije, como un papagayo. "Sí. Por tu entrevista a Günter Handke". ¿Las declaraciones del autor de "El miedo del portero al rodaballo"? "Sí, le han indignado". ¿Y eso? "Este es un mundo difícil, tú sabes. Y no le obligaste a hablar de lo que pasará



Pío Baroja, gran amigo de Günter Handke.

en España en otoño, la cantidad de incendios literarios que va a haber, las traducciones que sufriremos".

¿Qué más le preocupó?, anda, dime la verdad, que siempre te guardas algo.

"Nada, me dijo que si no te llamaras Silvestre, las declaraciones de Handke hubieran sido otras. Además, no salió ningún grabado".

Sabes qué pasa, es que no había entonces fotografía, y, además, bajaba Baroja con tanta algarabía que no tuve más remedio que meter a Günter Handke dentro de casa y decirle: "Resguárdese, resguárdese, que viene la berza", y él huyó como si viniera Alfonso Grosso recitando a Simon y Garfunkel, guiñándole un ojo a José Manuel Lara y otro al grupo Laredo, como quien se lo sabe.

"¿Y las declaraciones todas son verdad?"

Sí, todas. Incluso Günter Handke me ha dicho que es la mejor entrevista que se le ha hecho desde que publicó Carta breve para un tambor de hojalata.

"Los entrevistados se contentan con la nada y la absoluta miseria, Federico". ■ SILVESTRE CODAC.

NOTA: Los azores de la vida impresora situaron aquí mismo en el pasado número dos fotos, una de las cuales llevaba un pie erróneo, atribuyendo a Jiménez Losantos, el autor de "Lo que queda de España", el nombre de José-Miguel Ullán. Disculpas.

El zen y el arte del mantenimiento de la motocicleta

Una curiosa novela (1) que hace furor este verano en la juventud que ha escogido Ibiza y Formentera por dentro de su desencanto y huida de nuestra agostada civilización, que carece de alicientes profundos.

Este simple hecho sirve para valorar su estructura y contenido. Una valoración ambigua, porque de ella puede sacarse de todo. Sin embargo, su autor, un filósofo orientalista que practica el periodismo y es químico como yo y cuya complejidad profesional me es afín, tiene una intención muy diferente.

La novela es francamente interesante, aunque su carga filosófica en numerosas elucubraciones de su autor hacen discutible su factura literaria, porque resultan "pastiches" metidos un poco forzosamente en la trama.

(1) Robert M. Pirsig. Ed. Noguer. Barcelona, 1970.